

JUAN PABLO II EN VENEZUELA

El mes de enero de 1985 será recordado para siempre por la visita de Juan Pablo II. Por primera vez en la historia el sucesor de Pedro llega a nuestro país. Día a día crece el calor y la expectativa popular y se pueden predecir las concentraciones más numerosas que se hayan dado cita alguna vez en nuestro suelo.

El halo casi mítico que rodea la figura del Papa atrae a muchedumbres cristianas. El modo de ser de Juan Pablo II en las apariciones frente a muchedumbres de otros países, tantas veces presenciado gracias a la Televisión, hace casi irresistible para muchos el deseo de encontrarse con el amigo que viene.

Las grandes muchedumbres, las movilizaciones, las medidas de seguridad, lo majestuoso de las liturgias públicas, van a suscitar en todos los que en ellas participen, sea con su presencia física, sea a través de las imágenes transmitidas por los medios de comunicación, una verdadera y sincera emoción religiosa.

Pero hay que recordar que el Papa viajero, busca y pretende algo más que un sentimiento. Por eso él siempre declara que su viaje es pastoral. El Pastor de la Iglesia universal viene a encontrarse con el Pueblo de Dios que camina hacia el Padre en esta nuestra Venezuela, y le trae su palabra pastoral... Hay que reconocer que ni los grandes espacios ni las grandes multitudes son el lugar más adecuado para escuchar una palabra profunda. Por eso la visita del Papa debe ser el comienzo de una reflexión profunda y sistemática de las palabras que nos diga y un comenzar a recorrer los caminos que nos señale.

POR QUE VIAJA EL PAPA

Hasta los tiempos de Pío XII, que sólo dejó el territorio vaticano cuando el bombardeo de Roma y en una pequeña peregrinación, los Papas se consideraban "prisioneros" en sus territorios. Ya Juan XXIII y su sucesor Pablo VI rompieron repetidamente esta costumbre y, más tímidamente el primero y más ampliamente el segundo, dieron inicio a una nueva manera de ser cabeza de la Iglesia en la que los viajes pontificios han pasado a ser una de las tareas ordinarias del Pontífice. Pero es Juan Pablo II el que ha dado tan decidido impulso a este modo de hacer que la historia lo recordará sin duda como "el Papa viajero".

Conviene señalar que esta nueva actitud pastoral y esta nueva forma de gobernar a la Iglesia no es producto de una moda o un capricho. Juan Pablo II viaja y viaja mucho, no porque sea un hombre que le guste viajar, sino por algo más profundo.

El Concilio Vaticano II, en efecto, en la renovación teológica que vivió e impulsó, subrayó en su eclesiología la importancia de la Iglesia particular, de la Iglesia local. La Iglesia católica - Comunidad de Comunidades - se realiza enteramente en cada una de las Iglesias particulares en las que se agrupa, con sus diversas particularidades, los diversos pueblos de la Tierra. El Pastor de la Iglesia Universal, pastor supremo de las Iglesias locales, necesita un conocimiento más vivencial de cada una de ellas que el que pueden darle los informes escritos y las entrevistas con los Obispos. El Pastor de la Iglesia Universal tiene una palabra especial que decir a cada una de las particularidades en las que se vive el ser Iglesia.

Los viajes del Papa son viajes a las Iglesias Particulares. Son una de las maneras de poner en práctica la nueva eclesiología del Vaticano II. El viaje del Papa a Venezuela es un signo que muestra a nuestra Iglesia, la Iglesia venezolana, como una de estas particularidades que conforman, en la comunión por el Espíritu, la verdadera Iglesia Universal. En ese sentido, el viaje del Papa es como un sacramento de Confirmación de nuestra Iglesia, que en adelante deberá asumir más profundamente su peculiaridad, decir su palabra, celebrar su fe, como salvación para el Pueblo de Dios venezolano y aporte a la riqueza de la Iglesia Universal. El viaje de Juan Pablo II significará eso y dará fuerzas para eso.

PARA QUE VIAJA EL PAPA

No cabe la menor duda que Juan Pablo II se ve a sí mismo, antes que nada, como un Pastor. Un Pastor que, desde la Cátedra de Pedro que ocupa, tiene un Mensaje que dar. Que siente muy profundamente el fuego de Pablo cuando exclamaba "¡Ay de mí si no evangelizare!".

Es que el Papa actual, según puede entenderse a lo largo de una atenta lectura de sus escritos y discursos, se enfrenta a un mundo que en su continuo progreso, por materialista y violento se ha transformado en inhumano. Un mundo que satisfecho por sus conquistas técnicas, aletargado por ideologías con pretensiones absolutas, se dirige sin saberlo hacia el desastre y en sí mismo no puede encontrar resortes de salvación. Y la salvación que le podría llegar de una aceptación profunda y seria de los valores cristianos, se vería amenazada porque los portadores de esa salvación, los cristianos, al menos muchos de los cristianos de los países más desarrollados, parecerían vivir una fe difuminada, sin mordiente, que buscaría no contrastar con el medio en el que se desarrolla.

Juan Pablo II pareciera haber hecho su misión personal el denunciar la deshumanización del progreso y de los sistemas en los que vivimos. Despertar al mundo de ese sueño que no le permite contemplar el abismo que se abre ante su caminar. Y, al mismo tiempo, exigir a los cristianos que nos revistamos de todo aquello que es específicamente cristiano, lo que nos arranca del materialismo ambiente y nos distingue de él, porque sólo siendo distintos podemos cumplir nuestra misión de ser, con el Espíritu y tras los pasos de Jesús, salvadores de la humanidad.

Muchos son los valores específicamente cristianos que el Papa reclama en nosotros, tanto en el comportamiento cultural, como en el familiar, como en el profesional o en el político. Pero hoy queremos fijarnos en dos, siempre muy tenidos en cuenta en sus escritos, en sus discursos y en sus exhortaciones.

El cristianismo es lucha por la JUSTICIA. La fe es compromiso con la justicia. El cristiano se ve solicitado por todas las injusticias que cubren el mundo actual, especialmente las que le son más cercanas. El clamor de los oprimidos que, como nos recuerda la Biblia, "sube hasta el cielo", debe descender hasta los cristianos para hacer nacer en ellos ojos nuevos que superen las visiones interesadas de las ideologías reinantes y así ver el mundo con los ojos de los oprimidos. Debe hacer nacer también manos nuevas para obrar la justicia para los oprimidos.

El cristianismo es MISERICORDIA. Ni la más grande justicia realizada bastaría para restañar del todo las heridas de nuestro mundo, si no va acompañada por la misericordia que es capacidad de perdón, capacidad de comprensión y aceptación del distinto y recreación del hombre nuevo que establece nuevas relaciones.

El Papa Juan Pablo II viene a Venezuela para recordarnos a todos los católicos la necesidad de esforzarnos por adquirir, mostrar y practicar lo específicamente cristiano y muy particularmente la necesidad de vivir el Evangelio de Jesús como Justicia y Misericordia.

RECOMENZAR LA MISION

Se ha dicho que la visita del Papa es "el fruto más acabado de la Misión Nacional". No nos parece demasiado acertada la idea. La visita del Papa debe ser un relanzamiento de la Misión. Un relanzamiento del RENEVA TU FE. Hasta ahora la misión se ha preocupado muy primordialmente de los contenidos, ciertamente renovados, de una catequesis sobre verdades de Fe. Ahora, cuando termine la visita del Papa, habrá que insistir en vivencias de fe actuante. Que nos vayan llevando hacia una Iglesia cada vez más Pueblo de Dios, más Comunidad, más venezolana. Y hacia una preocupación, desde la misericordia y la justicia, por todos aquellos que en nuestra Venezuela de hoy sienten sus vidas desgarradas por la miseria y la opresión.

En su discurso a los Obispos venezolanos cuando el Papa preparaba su viaje a Venezuela, Juan Pablo II les dijo que debían decirle a nuestro Pueblo aquel "En nombre de Jesucristo, levántate y camina" que dijera el primer Papa al mendigo paralítico de Jerusalén. Ahora nos lo dirá a nosotros, a toda la Iglesia venezolana. Para que nosotros se lo podamos decir a todos los paralíticos de nuestra Venezuela de hoy.